

daciones, las obras no cesaron; es más, con la noticia de la visita y la boda en Valencia de Felipe III, se aceleraron los trabajos hasta su conclusión. El último puente promovido por la *Fàbrica Nova* fue el de San José, levantado entre 1604 y 1607 por Jeroni Negret y Sebastià Gurrea. Finalmente la *fàbrica* durante casi dos siglos, con intermitencias, se afanó en la construcción de los muros que delimitan el cauce del río, concebidos para evitar desbordamientos e inundaciones del casco urbano, pero en los que no faltan elementos decorativos (bolas, bancos, etc.) pues, en la intención de la *fàbrica*, los nuevos muros debían servir de ornato para la ciudad. Desde finales del XVI hasta 1674 se levantaron los de la margen derecha, del puente del Mar a Mislata; a partir de 1729 se ampliaron hasta Monteolivete. Y en la margen izquierda los trabajos se extendieron, entre el puente de San José y el del Mar, desde 1591 hasta 1789 (MELIÓ, 1991; TEIXIDOR, 2000).

Los proyectos para dotar a Valencia de un puerto adecuado iban por otros derroteros. La actividad del puerto de Valencia en el siglo XVI, notable aunque con gran peso del cabotaje y de embarcaciones de poco tonelaje (SALVADOR, 1972), se vería potenciada en el XVII por el crecimiento del comercio y por su uso como base para el envío de tropas y suministros a los ejércitos de la monarquía. Sin embargo sus infraestructuras y las malas condiciones de la playa lastraban su desarrollo. Al calor del crecimiento económico de la segunda mitad del siglo XVII se planteó la posibilidad de sustituir el muelle de madera por otro de piedra. La idea, que no carecía de antecedentes, tenía en su contra el avance de la playa, a causa del cual el muelle quedaba cada vez más tierra adentro. Pero el proyecto, no ajeno a círculos novatores y mercantilistas, tuvo eco. Después de barajar diversas propuestas, los jurados encargaron a Tomás Güelda la construcción del muelle, pero en 1695 las obras, que habían generado polémica y estaban en malas condiciones, fueron abandonadas. Sin embargo el debate continuó latente hasta 1762, cuando, impulsados por el reformismo borbónico, volvieron a elaborarse proyectos de una pericia creciente. La autorización a diversos puertos, entre los que no estaba Valencia, a comerciar directamente con América espoleó las iniciativas y presiones, ganando protagonismo la Junta de Comercio de Valencia, que presentó en 1790 un proyecto razonable, cuyo coste asumía. La corona aceptó el ofrecimiento pero encomendó la revisión de los planos y la dirección de la obra al ingeniero y alférez de navío Manuel Mirallas, al tiempo que, por fin, autorizaba el comercio directo con América. Las obras empezaron en 1792 pero las disensiones entre Mirallas y la Junta de Comercio, junto con grandes dificultades técnicas y financieras, lastraron los trabajos. Pese a los importantes recursos movilizados, las obras quedaron interrumpidas por el ciclo bélico abierto en 1805 y no serían retomadas hasta mediados del siglo XIX (HERNÁNDEZ, 2007; FRANCH, 2007).

La Valencia moderna a los ojos de los viajeros

[MÓNICA BOLUFER –UVEG–]

Las descripciones de quienes visitaron Valencia en los siglos modernos, como todos los relatos de viajes, constituyen un registro de las transformaciones de la ciudad, pero también, en mayor medida, de las percepciones, valores y actitudes de los viajeros, influidos por expectativas y pre-

juicios que condicionan su mirada. Los testimonios escritos, publicados o manuscritos (informes, memorias, cartas), pertenecen a un conjunto heterogéneo de visitantes que incluye súbditos de la monarquía hispánica (Antonio Ponz, 1788; Carlos Beramendi, 1794-1795) y otros más lejanos: desde los alemanes Hieronymus Münzer (hacia 1494), Wilhelm von Humboldt (1799-1800) y Christian August Fischer (hacia 1800), el flamenco Antoine de Lalaing (1502), el danés Carl Christoph Plüer (1764-1765) y el sueco Gustav Philip Creutz (1765), a los franceses Claude de Bronseval (1532-1533), Barthélemy Joly (1604), Des Essarts (1660), A. Jouvin (1672), Étienne de Silhouette (1729-1730), E.F. Lantier (1739), Jean-François Peyron (1777-1778), Jean-François de Bourgoing (1777) y Alexandre Laborde (1803), los italianos Giacomo Casanova (1768) y Vittorio Alfieri (1769-1771), los británicos Richard Twiss (1772-1773), Henry Swinburne (1775-1776), John Talbott Dillon (1778), Joseph Townsend (1787), Arthur Young (1787-1789), y una única mujer, Elizabeth Vassall-Fox, Lady Holland (1802-1803).

¿En qué fijan su vista estos viajeros? Depende de sus lecturas e ideas previas, y también de lo que en cada momento se espera de la literatura de viajes: registro de curiosidades y ‘maravillas’ en los siglos XVI y XVII, de antigüedades y ruinas en el XVIII, a las que se suman, avanzada esa centuria, la descripción de actividades económicas, gobierno y costumbres. Los relatos intentan evocar en sus lectores, a través de imágenes vívidas, la experiencia del viaje, y sólo a veces se acompañan de ilustraciones gráficas que fijan –idealizándolas– ciertas vistas escogidas de la ciudad, como los grabados de Anthoine van der Wijngaerde (1563) o los incluidos en el volumen de Laborde más de un siglo después.

Ya en 1494, Münzer recoge, quizá por primera vez, un tópico llamado a tener larga vida: el del suave clima y la fertilidad de la Huerta («paraíso terreno»), que registraba la riqueza del regadío, exagerándola, al fijarse en los cultivos de exportación más que en los de subsistencia, dominantes todavía en el siglo XVIII (ARDIT, 2004). Münzer se hace eco también del esplendor comercial de la ciudad, visible en la magnífica Lonja, de reciente construcción, y en los hábitos indumentarios de las elites valencianas, singularmente

Münzer, en 1494, se hace eco también del esplendor comercial de la ciudad, visible en la magnífica Lonja, de reciente construcción, y en los hábitos indumentarios de las elites valencianas, singularmente de las mujeres, observación que repetirá Joly en 1604: «No hay en toda España tanto esmero en vestirse, con tanto lujo y fausto como en Valencia».

Vista de la plaza del Mercado de Valencia según el grabado del *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, de Alexandre Laborde.





La Alameda, hermosa avenida con doble fila de arbolado y bancos de piedra, donde acudían las gentes distinguidas a tomar el fresco y a ver y dejarse ver («uno de los paseos más hermosos de Europa», Lantier: «bellísimo», Humboldt; «espectacle tan extraordinari com agradable», Laborde).

Vista de la Alameda de Valencia según el grabado del *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, de Alexandre Laborde.

de las mujeres, observación que repetirá Joly: «No hay en toda España tanto esmero en vestirse, con tanto lujo y fausto como en Valencia».

Los viajeros del siglo xviii siguen contrastando el hermoso emplazamiento de Valencia, en una fértil llanura fluvial («zona llana y deliciosa», Joly), con la angostura de sus calles de trazas medievales, carentes de pavimentación, y el escaso interés arquitectónico de las construcciones particulares («las calles son estrechas y las casas mal construidas», se queja Des Essarts). Sin embargo, dedican gran parte de sus observaciones a la arquitectura civil y religiosa de la ciudad: la Lonja, la Seo («de las hermosas de España», Joly) y el Colegio de Corpus Christi con su biblioteca e iglesia («una de las más exquisitas que se puedan ver» para Joly), el Hospital General, el palacio del Real con sus jardines («edificios mediocres rodeados de jardines de notable belleza», Joly), la universidad (de cuya fama en medicina se hacen eco), el convento de dominicos o el monasterio de San Miguel de los Reyes; en otro registro, tanto Des Essarts como Joly, al igual que Lalaing y Cock en el siglo xvi, describen el extenso y célebre burdel de la ciudad.

Un tono algo distinto revestirán los relatos de viajes en el siglo de las Luces. Aunque continúen ofreciendo una relación de edificios e instituciones destacadas o de colecciones bibliográficas y pictóricas, se preocuparán en mayor medida por captar el pulso de la ciudad, describiendo su vida social y cultural y sus actividades económicas. Un caso particular es el de Casanova, que en sus *Memorias* dedica amplio espacio a sus aventuras amorosas –reales o imaginarias– y sólo breves líneas a la descripción de los escenarios, combinando gastados tópicos («espléndida campiña», «aire sanísimo y dulcísimo») con las impresiones más personales de un cosmopolita que echa de menos en Valencia lugares propios de la sociabilidad burguesa como los cafés. Menos severos



Una perspectiva algo distinta ofrecen las memorias de Lady Holland, mujer cosmopolita que aprecia con ojo crítico las bellezas y las novedades: la iluminación pública, las nuevas calles «amplias y alegres», el «magnífico» paseo de la Alameda y los jardines privados de Julià y Parcent, aunque advierte carencias, como la de alojamientos para los viajeros. Se interesa por la arquitectura (catedral, iglesias y conventos, silos de Burjassot; no así el Colegio del Patriarca, donde se le niega entrada en razón de su sexo) e inquiere con curiosidad experta en las bibliotecas de San Miguel de los Reyes y la Universidad.

Vista de Valencia desde los silos de Burjassot según el grabado del *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, de Alexandre Laborde.

en su juicio, viajeros españoles como Ponz o Beramendi, o extranjeros como Twiss, Swinburne, Dillon, Townsend o Laborde, describen espacios de ocio y recreo: el paseo al Grao y, muy en especial, la Alameda, hermosa avenida con doble fila de arbolado y bancos de piedra, donde acudían las gentes distinguidas a tomar el fresco y a ver y dejarse ver («uno de los paseos más hermosos de Europa», Lantier; «bellísimo», Humboldt; «espectacle tan extraordinari com agradable», Laborde); más críticos, Peyron y Swinburne insistirán en el mal trazado y suciedad de las calles. Algunos, como Talbot Dillon, se refieren de forma elogiosa y erudita al talento de los sabios locales, como Gregorio Mayans o Pérez Bayer, o destacan, como Fischer, la «opulencia, confort y aseo» de las casas acomodadas, o, como Twiss, la belleza del perfil urbano marcado por los campanarios y la ordenada rotulación de las calles y viviendas (aunque también ironice sobre la superstición religiosa, a propósito de las reliquias de la catedral o de la suspensión de las representaciones teatrales por las rogativas contra la sequía). Otros se detienen en describir la Universidad y su nuevo plan de estudios, en glosar las virtudes de la célebre imprenta Monfort o la actividad de la Academia de San Carlos, como hace Townsend. Muchos se fijan en la riqueza de la producción agraria en torno a la ciudad y en la prosperidad de ésta, patente en el aumento demográfico, la producción sedera (Darlymple, Townsend) y el auge del comercio, pese a carecer, como notan Silhouette, Bourgoing o Humboldt, de un puerto en condiciones. Admitidos a las compañías más distinguidas, todos ellos disfrutaron de la sociabilidad en torno al palacio del Real, residencia del capitán general, o a las tertulias de caballeros y damas de la nobleza lo que llevó a Townsend a concluir: «pocas [ciudades] hay que puedan presumir de poseer una sociedad más encantadora».

Una perspectiva algo distinta ofrecen las memorias de Lady Holland, mujer cosmopolita que aprecia con ojo crítico las bellezas y las novedades: la iluminación pública, las nuevas calles «amplias y alegres», el «magnífico» paseo de la Alameda y los jardines privados de Julià y Parcent, aunque advierte carencias, como la de alojamientos para los viajeros. Se interesa por la arquitectura (catedral, iglesias y conventos, silos de Burjassot; no así el Colegio del Patriarca, donde se le niega entrada en razón de su sexo) e inquiere con curiosidad experta en las bibliotecas de San Miguel de los Reyes y la universidad. Pero también menciona, con mayor detenimiento que otros

De las descripciones de los viajeros, unas más precisas y otras más estereotipadas, emerge la visión de una Valencia próspera y en crecimiento, con una cierta vida intelectual y artística, que comenzaba a desbordar las murallas medievales que hasta entonces la habían contenido y en la que habían arraigado, al igual que en otras ciudades europeas, los hábitos de la tertulia y el paseo, aunque perviviesen rasgos propios de una sociedad tradicional, como el poder de la Iglesia.

Las torres de Serranos según el grabado del *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, de Alexandre Laborde.



viajeros, las casas que frecuenta y describe las prácticas sociables: desde la residencia del capitán general y su esposa, a las de la condesa de Rótova y el opulento comerciante Vague, espacios mixtos en los que, sin embargo, le llama la atención (como antes a Townsend) la separación de los sexos.

De estas descripciones, unas más precisas y otras más estereotipadas, emerge la visión de una Valencia próspera y en crecimiento, con una cierta vida intelectual y artística, que comenzaba a desbordar las murallas medievales que hasta entonces la habían contenido y en la que habían arraigado, al igual que en otras ciudades europeas, los hábitos de la tertulia y el paseo, aunque perviviesen rasgos propios de una sociedad tradicional, como el poder de la Iglesia. «Una ciutat opulenta per la seua indústria, singular a Espanya, pel gust del plaer, el luxe i la lleugeresa dels seus habitants», escribirá Laborde, ilustrando el sesgo inherente a la mirada de los viajeros, que fijan sus ojos en los escenarios urbanos más que en sus actores, y cuando lo hacen se interesan por las prácticas de las elites, mientras que (con excepciones como Townsend, sensible a la mendicidad), parecen pasarles desapercibidas las tensiones sociales y las formas de vida de las clases populares urbanas.

Será sólo a finales del siglo XVIII y principios del XIX cuando emerja en los relatos de viajes otro tópico destinado a cobrar larga vigencia: el de los resabios 'orientales' del carácter valenciano y, por extensión, español, en el marco de una visión del mundo –y de Europa– que contrasta norte y sur, 'progreso' y 'barbarie'. Así, Swinburne (gran interesado en el pasado islámico de España) afirma que los valencianos «retienen muchas de las características y comportamientos de sus viejos maestros sarracenos» y «han adoptado menos de las mejoras foráneas de la civilización que muchas otras partes de España», reinterpretando así, desde una perspectiva orientalizante, antiguas ideas sobre la sensualidad y la violencia como rasgos definitorios de su carácter, de las que ya se habían hecho eco en siglos anteriores viajeros como Cock o Joly. En otra clave, los elogios de Fischer al clima, la vegetación y el estilo de vida valencianos, que llegan al punto de hacerle creer en la excepcional longevidad de la población de la Huerta, denotan una imagen idílica del sur propia del prerromanticismo. Sea como signo de atraso y falta de 'civilización' o como símbolo del vigor meridional, estas evocaciones muestran el origen de una visión de España que hará fortuna en los siglos XIX y XX, marcando profundamente el imaginario europeo.